

ANTONIO MONCLÚS ESTELLA¹

Diré cómo nacisteis.

CERNUDA

Ensueños irreales

Diré cómo nacisteis ensueños irreales,
lejos de aquellos tiempos vulnerados y obtusos,
ensayos inservibles, razón arrinconada
que se alza en los muros
de un arroyo temporal y marchito.
Es como si al nacer un período de gracia
hubierais encontrado, de repente, arbitrario,
ajeno al mundo, al ruido, a todo,
por influjo temprano de rumores ahítos
de ideas, planes, sentimientos y dudas.

Ensueños irreales, marchitos sin ser flor
de un día ni de nunca,
del olvido si acaso, como amarillentas páginas
del libro de la vida, aquel
que los escribas escriben en la sombra.

Diré cómo nacisteis, o más bien acabasteis,
fenecisteis, chocasteis, en el subjuntivo imperfecto
que se rumia en palabras,

¹ ANLE. Catedrático de Didáctica y Organización Escolar en la Universidad Complutense de Madrid y Director del Centro de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el Campo de Gibraltar, Cádiz. Escritor, investigador y ensayista de amplia producción literaria. <http://www.anle.us/469>

en palabras no dichas,
soñadas solo en irreales
tiempos,
lejanos, heridos, acaso ya olvidados.

Sin nombre

Dios del venir, te siento entre mis manos.

J. R. JIMÉNEZ

Sin nombre
es el origen taoísta de todo,
es la oscura noticia
de un mundo que no es este,
sin condición humana,
sin dolor ni problema
del mal que nos rodea,
nos agobia,
y abruptamente
nos calla.

Un ser llamado Dios,
misterioso, enigmático,
cuyo nombre
sin embargo es Sin nombre.
Referencia inaudible,
presencia sin presente
ni pasado ni tiempo,
garante del absurdo
humano
pero fuera, totalmente, del mismo.

Dios del devenir,
sin la esclavitud
del nombre que nos marca,
a los hombres, las cosas,
las mujeres,
el rayo que revienta las flores

y las casas,
el tsunami que traga con fruición
cuanto halla,
a las rotas ilusiones
que solo arrojan su nombre,
a los deseos cumplidos
o al menos solo en parte,
a las apariencias todas
de todo lo que existe.

Todo tiene su nombre,
real o imaginario,
todo terreno ser es llamado
y nombrado.

Por eso se te siente
pero no se te palpa,
ni te oímos ni vemos,
porque Tu nombre es
El que no tiene nombre.

Dédalo

La noche es la gran duda.

SALINAS

¿Y si Dédalo errase?
¿Y si su laberinto fuera abierto,
no oscuro,
tenebroso, sombrío,
largo y enrevesado,
sepultura de luces
y luchas sobrehumanas?
La gran duda en la noche
podría no ser duda,
tan solo una apariencia
temporal y fugaz,
anuncio inverosímil

de un frenesí nostálgico
al naufragar del tiempo.

Laberinto de Dédalo inmortalizado,
alegato a favor
de la desesperanza
por un error,
un fatídico error
que confunde el horror y el minuto
anterior a la aurora,
cuando la noche es negra,
oscura, incluso agónica,
más que nunca jamás,
y se ignora que es solo un momento
hamléutico,
de duda sin pasión, temerosa
de su propio y obscuro temblor.

Pero la aurora llega,
y rompe toda noche
y con ella la duda,
y el cénit ya levanta
la aurora insobornable,
victoriosa en su sino
de amoríos felices
cual Arcadia ignorante
del anterior oscuro
temblor,
desatinado y triste.

Y el laberinto entonces
se abre al infinito,
a un luminoso espacio
sin límites
ni muros,
un infinito abierto
al alma del desierto,
al corazón del mundo.
Madrid, diciembre 2012.

De Azul

Son azules
los brazos alzados de las piedras lejanas,
las voces de los cantos sin rostro
el cénit donde el árbol torcido se adormece,
la insistencia inconstante del péndulo del mundo
o el tangencial retorno del viejo visitante
que vuelve entre las alamedas de la noche marítima.
Azules, los largos vestidos decadentes
con sus largos y blancos collares
que modulan la corriente afectiva de tus verdes ojos
en la esquina de esa noche solitaria, azules pardos.

De azul vistes tu esperanza, la mejor, la perdida,
es un girar de bosques soñolientos
como cuando lo sublime se une para siempre
y se rompe después, azul, triste, callado.
Son azules los pasos de tu infalible recuerdo
en mi mente de amor, obnubilado,
testigo del encuentro y del destierro
inesperadamente dúctil, maniobras pactadas por un arte
guerrero.

Y es azul tu palabra, tan hermosa,
que te acompaña siempre en los locos desvíos,
clavada como un ancla en un pecho tardío,
como ruina vestal de tu vientre primero,
o como el repiqueteo del viento de tus párpados.

Es de azul la iniciación y el cese,
los ritos y los mitos,
los frenazos simbióticos de la vida y tu rumbo,
el apocalipsis de tus cosmogonías,
y la clara sonrisa del marfil de tus dientes,
es azul el deseo y es tu delirio azul.